

Así, en cuanto el Rey moro pasó, y no tuvo ni objeto ni asunto con que pacientarse y en que distraerse, volvió á fijar la vista en las torres, y á sentir disgusto por el recelo de si podía suceder un contratiempo cualquiera en aquella grande ocasión al insigne cardenal Mendoza. Los moros aparecidos por todas partes en las primeras horas de la mañana, curiosos y anhelantes por ver al ejército cristiano desplegar sus huestes y lucir sus armaduras, conforme la cruz iba entrando so aquellos arcos orientales, iban ellos desapareciendo para enterrarse dentro de sus casas como dentro de un sepulcro. Granada parecía una ciudad sin habitantes, entre diez y once de aquella milagrosa é inolvidable mañana de su rescate. Y las horas pasaban, y la cruz no se veía relucir sobre las torres Bermejas, bañadas por un sol que iba majestuosamente subiendo á su cenit. Imaginaba ya Isabel, en su impaciencia, que la capitulación no se había cumplido, y que había llegado el Cardenal á ser víctima de alguna emboscada. Pero, á eso del mediodía, sobre aquel torreón que se denomina la Vela el signo de la Cruz apareció relumbrante, como un astro diurno que compitiera con el sol brillantísimo; y al verlo relumbrar allí, en la fortaleza más alta y más hermosa del Korán, rodeado por el fuego místico de tantos martirios y por las almas innumerables de tantas generaciones heroicas, todos los soldados y todos los magnates, reyes, príncipes, obispos, ricoshombres, cuantos sentían la fe católica y la patria española en su pecho, se pusieron de hinojos sobre la tierra, cruzaron sus manos, y al son místico de las trompetas y de los clarines, trocados en trompetas y clarines de un órgano inmenso, entonaron piadoso *Te Deum*, el cual parecía salir del seno de toda la nación, que había combatido siete siglos por su independencia y unidad santísimas, desde Covadonga hasta Granada. En aquel día sublime hubo también una resurrección. Los sepulcros se abrieron y resucitaron los muertos. Sí: quinientos cautivos repitieron en sus mazmorras el *Te Deum* de la vega, y cuando éste no había concluído todavía, salieron en libertad, entonando los cánticos de su religión y po-

niendo sus cadenas rotas en los altares de la patria. Desde los tiempos de las Navas, en que los diez mil negros de la Nubia y los cien mil almohades del Atlas huían al ímpetu de las tropas españolas entre las sombras de aquella noche, sólo interrumpidas por los reflejos del incendio; y el gran Miramamolín, que había soñado con ir desde Tremecén á Toledo, y desde Toledo á Roma, huye despavorido al desierto dejando su tienda y su Korán; desde aquella noche no se había oído un *Te Deum* como éste, sacro y solemne cántico religioso, cuyas estrofas sublimes significaban el rescate de nuestra libertad y la coronación y perfeccionamiento de nuestra patria.

Realizada la reconquista, encontrábase Colón frente á frente de maravilloso milagro, cumplido por la voluntad firme de un pueblo, el cual, en espacio relativamente restricto, sin auxilio de nadie, con su fe ardiente y su valor nativo, por siete siglos tuvo á raya, y venció al cabo, dos continentes como el Asia y el África, inagotables, cuyas razas más batalladoras, aceradas por un dogma de guerra y precedidas por un Profeta de combate, inútilmente contra nosotros porfieron, mezclando el empuje á la tenacidad: vencieronlas dos virtudes patrias, el arrojo y la constancia. Sonaba la hora de convertir tantas energías al milagrosísimo logro de otra no menor empresa. Colón vió al Rey moro hincado de hinojos ante la Reina, un mundo en el ocaso ante un sol en el cenit; vió el cardenal Mendoza sobre la torre Bermeja, con su cruz en la mano, que parecía bajo aquel cielo celeste y sobre aquel pedestal rosáceo, un astro diurno resplandeciente de sublimes ideales y de consoladoras esperanzas. Todo á sus ojos lo podía la fe viva, sustentada por la voluntad resuelta. El *Te Deum* de la vega entonado ante las ruinas de un pueblo viejo y roto, debió anticipar á su espíritu el misterioso *Te Deum* ante la surrección de un pueblo niño y de una tierra virgen. Ya no podía esperar más tiempo: la vida suya entraba en su ancianidad á más andar y la impaciencia lo destrozaba como al arbusto el huracán. Ya no hubo término medio posible, im-

niéndose como se imponía la incontrastable alternativa de irse á otro suelo más propicio á sus planes, ó arrancar al poder de los Reyes las tres carabelas pedidas en vano durante cuatro lustros á todos los principales poderes de la rica Europa. Otra junta de sabios parece haberse reunido aquí, bajo la presidencia del cardenal Mendoza, muy semejante á la presidida en Córdoba por Talavera y la reunida en Salamanca por Deza. Geraldini la refiere mucho después de celebrada, y cuenta cómo se repitieron las argumentaciones de cajón, por el Profeta desvanecidas mil veces. Hallábase Geraldini tras Mendoza, cuando apretaban los ciegos del alma con mayor furia en sus tesis negativas, todas ellas fundamentadas sobre reminiscencias de pensamientos falsísimos arrancados á las obras de Leris y San Agustín. «Buenos teólogos, dijo el joven eclesiástico italiano al viejo Arzobispo español, pero malos naturalistas.» Negar el hemisferio austral cuando los portugueses habían ya en varias expediciones perdido de vista la estrella polar, parecíale una insensatez. El Cardenal recogió con su ímpetu la idea, é impuso una decisión favorable, no obstante resistencias expresadas en sarcasmos parecidos á groseras rechiflas. La Corte de los Reyes tuvo que oír nuevamente al descubridor, quien presentó sus proposiciones, como si no cupiera duda ni perplejidad respecto del resultado. Con tal confianza en sí mismo hablaba y con tanta resolución procedía, que hubiérasele creído poseedor ya de sus tierras recién invenidas, tratando en presencia del descubrimiento de su organización territorial y de su gobierno civil. Reclamaba la dignidad suprema de Almirante, por la que á casi rey subía entre los reyes, pues aparejada iba con ella la grandeza cubierta de Castilla. Reclamaba después el cargo de Visorrey ó Gobernador en todos cuantos pueblos y territorios descubriese. Reclamaba tras esto un diezmo de todo cuanto pudiera recogerse, y una participación como juez en cuantos tribunales pudieran entender de los litigios consiguientes á estas apropiaciones del suelo y á esta repartición de los productos. Y como instrumentos de la invención y de su logro pedía

tres carabelas bien equipadas y un cuento de maravedís bien contado. Al sobrevenir tamaña incidencia, retrocedió el proyecto de rechazo á los comienzos. Talavera, contrastado por Mendoza en aquellos días, y casi vuelto sobre sus pasos por la toma de Granada, enfurecióse de nuevo y dijo no podían tolerarse los aires de rey en aquel desarrapado mendigo: Fernando, no obstante hallarse rodeado por una corte propicia de todo en todo á Colón, observaba con pena el renacimiento de las potestades feudales, con tanto esfuerzo combatidas aquí en la Península, más allá del Océano. Muchos y muchos otros observaban que, lograda la empresa, Colón subía de un vuelo á Rey; y malograda, sin perder él cosa mayor, los Reyes perdían toda seriedad en el concepto universal, por lo que debía irse de seguida el desatinado y ambiciosísimo visionario á otra parte con la música. En cambio, nunca rayó tan alto el descubridor en clarividencia y en voluntad. Veía su empresa tan lograda, y los nuevos territorios tan palpables, y los mares tan poblados, y el grande Kan por tal modo vivo, y el reino de Catay tan resplandeciente de oro, y la isla de Cipango tan bordada de especias y tan ceñida de perlas, que no daba su brazo á torcer y no quería malbaratar por poco los metales y la pedrería, cuyos resplandores y cuyos iris deslumbraban sus ojos, arrobados y extáticos á tanta maravilla. Así que lo desahucieron, saltó en su mula, y á rienda suelta echóse á correr hacia Córdoba, para despedirse de prendas caras á su corazón, y recalar luego por Francia, entregándole sin vacilaciones la propiedad entera de sus proyectos, desconocidos por la ciega España. En aquella marcha de noctámbulo, una capital consideración le molestaba principalmente: la de haber escogido el territorio ibero para su partida, por lo más occidental de nuestra Europa, y lo más próximo á las Indias orientales en los caminos de Occidente, y ninguno de los tres grandes Reyes suyos, ni el de Castilla, ni el de Portugal, ni el de Aragón, le habían creído. Fernando, político antes que todo, quedó muy conforme con que no renaciera el feudalismo

allende los mares, después de acogotado aquende; pero Isabel, más exaltada y más piadosa y más creyente y más amante y más poeta, quedó entristecida por no completar la empresa en tierra concluída, con otra empresa en mar, y no traerle á la Iglesia de Dios nuevos territorios que bendecir con nuevas razas que bautizar, tras aquellas victorias henchidas de promesas y esperanzas. Conociendo tal estado de su ánimo acudieron todos los partidarios de Colón á la Reina, y le presentaron en animadísimos discursos lo que perdía con el desahucio al Profeta y con el menosprecio de su profecía. Quintanilla, el contador; Deza, el sabio; Mendoza, el arzobispo; Medinaceli, el potentado; Geraldini, el influente; Cabrero, el doméstico; la escuchada nodriza del infante D. Juan; el gloriosísimo Conde que acompañara por su estrecho parentesco, algo misterioso, con el Cardenal á éste sobre la Vela en Granada; Marchena, siempre al habla con el descubridor, para quien se desojaba leyendo letras y mirando astros; todos á una debieron arrestarse á caer sobre los Reyes en tropel, exigiéndoles con firmeza y respeto no privasen de aquel dominio nuevo á la Iglesia y de aquel inmarcesible lauro á la patria. Con efecto, el genio de Colón pertenecía de suyo á los oráculos y el genio de Isabel á las pitonisas. En sus sendas almas dominaba la inspiración, y en sus sendos corazones el sentimiento. Creían porque amaban; y amaban porque creían. La fe los guiaba; y aunque la fe aparece con los ojos vendados, es para no ver los obstáculos con que tropieza en toda realidad impura el purísimo ideal. Isabel y Colón aparecen por tal modo sublimes en este instante, que sólo podrían simbolizarlos aquellas sibilas y aquellos profetas puestos por pinceles parecidos á manojo de rayos y en el éter creador empapados, por los pinceles de Miguel Ángel, en aquel espacio henchido de ideas que se llama la Capilla Sixtina.

Pero ¡ah! que hasta los profetas y las sibilas tropiezan en este mundo con lo que tropezaban entonces los dos titanes de nuestra historia, tropiezan con el dinero. La manzana de oro, en que no

podían clavar el diente, érales tan fatal como á nuestros primeros padres la manzana del Paraíso, á este Adán cíclico y á esta Eva inmaculada, que gemían á la puerta del nuevo paraíso. Teníanlo todo: fe, genio, inspiración, intuiciones, pero no tenían dinero. Pues como si nada tuviesen. Lope hizo decir á Colón en diálogo con Fernando, el cual requiere con instancias al descubridor á demandarle lo que necesitaba, estos versos:

«Señor, dineros, que el dinero en todo
Es el maestro, el norte, la derrota,
El camino, el ingenio, industria y fuerza,
El fundamento y el mayor amigo.»

Ahora bien: la reina Isabel no tenía dinero. Su guerra con Granada le había costado un sentido. Veíase con sus mismos criados empeñada. Quintanilla le prestó mil maravedís para poder salir de Segovia con su hermano Alonso; en los Toros de Guisando, además de trescientos mil adelantados por el Marqués de Medina, ochenta mil de su bolsillo particular para el negocio de Ávila; cincuenta mil manteniendo bajo una peste horrorosa en Santisteban seiscientas lanzas al servicio real; doscientos mil en los tratos con la Marquesa de Moya que le impusieron la travesía del Puerto unas treinta y seis veces, en las cuales perdió siete mulas; ciento cincuenta mil en captar los desterrados que debían revolver sobre Tordesillas, y tomarla, el Duque de Alba entre otros; y en los Merinos, y en las Hermandades, y en los receptores de Castilla y en las armadas contra el turco, y en el reino de Navarra, y en el socorro á Estella tal número de millones á la continua pedidos por el tesorero, y con dificultad pagados por el erario, tal número de millones, que muestran la miseria de los Reyes y la riqueza de alguno que otro entre sus pobres vasallos. No debe tal situación maravillarnos si atendemos á lo sucedido poco antes en Castilla. El predecesor de los Reyes Católicos, Enrique IV, había dispendiado todo el patrimonio real. Sobre las alcabalas, tercias y demás rentas reales daba sin tasa y sin escrúpulo á troche y moche juros de heredad

en blanco, para que los llenase á su guisa y gusto el querido de su mujer, D. Beltrán de la Cueva, y el Duque de Benavente y el Conde de Lemos y el repostero mayor de su casa y el enano de Jerez y el negro Rodrigo y el Lazarico de Sevilla, cosas parecidas á las contadas en picarescos romances. Así vendían los Reyes, como cualquier perdido tras una noche de juego, sus ajuares. Para enviar la sin ventura D.^a Catalina de Aragón al Príncipe de Gales en matrimonio y poner sobre Londres la dote pedida por su avaro suegro Enrique VII, se vendieron las mejores y más ricas tapicerías de la Reina. Para negocios del Estado se mandaron las alhajas más preciosas de la corona real á los usureros de Valencia y se pusieron depositadas en San Jerónimo de Córdoba. El riquísimo collar de los balajes enormes y de las perlas gordas, tantas veces lucido en torneos y saraos, todo él con áureo engaste llamado de araña; el otro, de los cordones con catorce piezas, en pedrería copiosas; el joyel de la salamandra, con dos cabezas compuestas de rubíes y brillantes; las flechas hermosísimas de aljófares, y las manillas y las salamanquesas tan costosas como un imperio, pesadas todas en el peso de Cámara, iban al bueno de Talavera, convertido en único depositario, á fin de venderlas ó empeñarlas para cosas cumplideras al Real servicio. Y se hacía esto por tal modo en toda la Edad Media, que D. Alonso el Sabio envió á empeñar la corona de Castilla en el palacio de los Benimerines, para que le diese dineros Ibn Kaldun, el Sultán, con que combatir al infante D. Sancho, rebelado en armas contra el Rey su padre. Razones políticas, muy poderosas en la voluntad concentrada de Fernando V, pagadísimo con razón de la unidad del poder, y razones económicas, en la voluntad intensa de Isabel muy poderosas, como deseosísima de algún orden y arreglo en sus rentas, persuadiéronles al desahucio dictado por las nuevas cantidades pedidas para la expedición y por las innumerables preeminencias pedidas para el caso de que la expedición tuviese los prometidos resultados.

Pero ni una ni otra consideración parecían entre los amigos del descubridor bastantes á justificar el abandono y desahucio de sus maravillosos planes. La Marquesa de Moya se portaba en el cenit de tanta gloria como se portara otros días en sus comienzos desastrados y en sus albores tormentosos. Allí aconsejaba resolución y resolución aquí. Allí amenazaba con matar á quien impidiese la unión de las dos Coronas por el matrimonio de los dos Príncipes: aquí movía el pensamiento y la voluntad regias de aquel bienhadado matrimonio en la mayor de sus empresas, donde les aguardaba el más verde y máspreciado entre todos sus lauros. En su alma entraba el espíritu de aquel siglo, que, después de haber encontrado la imprenta en una mísera sacristía del apartado Estrasburgo; de haber sorprendido en los escombros de las ruinas aquellas estatuas clásicas que venían á interrumpir las penitencias cenobíticas y á rejuvenecer la forma humana; de haber fijado en el sibilino volumen de Copérnico la esfera del sol en el centro de todas las esferas y en el foco de todas las elipses planetarias; de haber ensanchado los espacios del viejo mundo, por los portugueses, debía crear nuevas tierras en el Océano, y completándolo con el ignorado Pacífico, y el polo austral, sembrar de nuevos soles y de constelaciones jamás vistas el infinito, más lleno de luz etérea y más henchido de Dios. La Marquesa de Moya, como Victoria Columna, como Renata de Anjou, como Blanca Cornaro, como tantas mujeres gloriosas del Renacimiento, enciende con el soplo de sus labios la espléndida luz del nuevo ideal. Pero si ella fué la idea y el sentimiento, Santángelo fué á su vez el cálculo y la realización práctica del proyecto. Quintanilla le abrió á Colón el camino de la Corte, y Santángelo el puerto de Palos. De familia conversa; cristiano nuevo por ende; uno de aquellos judíos viejos, grandes ilustradores del mundo cristiano, como los Cartagenas de Burgos, por ejemplo, reunía, según la índole y complexión de su raza, con el amor al ideal, propio de los profetas adivinadores de Dios, el cálculo reflexivo de los arbitristas y de los matemáti-

cos. Lo cierto es que un día, Fernando V, de paso desde Aragón á Castilla, y necesitado de alguna cantidad en los apuros continuos y en la pobreza de aquellas monarquías, detuvo el caballo ante la puerta de su casa en Calatayud, y desmontándolo, entróse á emprestarle una cantidad que halló en su inagotable tesoro familiar. Mucho poder debía disfrutar, cuando gente de su familia y sangre participó en el sacrificio é inmolación de Pedro Arbués, el primer inquisidor, muerto en la catedral á los furores de un motín popular, sin que le alcanzase al tesorero de Fernando, ni la desgracia del regio favor, ni la sabida pena de infamia. Santángelo entró en el cuarto de la Reina, así que supo la partida inesperada de Colón, á conjurarla en favor de la vuelta, y se halló con la Marquesa de Moya. Y como la Reina se quejara de las peticiones del descubridor, le dijo que todo valía poco si el plan se lograba, y todo se reducía, en último término, á cero si el plan se frustrase. Y como á estas razones potentísimas la Reina le opusiera la penuria del Tesoro y la necesidad en que se hallaría de volver á empeñar nuevamente sus joyas, Santángelo, en su decisión, mostróle cuán repleto estaba el Tesoro aragonés, indudablemente por las granjerías que le trajera la expulsión de los judíos, y cómo allí podrían encontrarse recursos, prometiendo al par de todo esto persuadir el ánimo parado y el pensamiento incierto de Fernando el Católico. Y en efecto, expidióse un correo que detuvo á Colón en el cercano puente, á dos leguas, y que le hizo tornar bridas á Granada, en donde se firmaron las capitulaciones de Santa Fe, concediendo á Colón todo aquello que pedía por el mes de Abril, y desde donde se partió á Palos por Mayo, para salir de allí en Agosto al nuevo increíble viaje argonáutico, en cuyo término, buscando el más viejo y más histórico espacio de las tierras antiguas, tropezó el adivino, sin pensarlo y sin quererlo, con una nueva creación.

CAPÍTULO XV.

DE SANTA FE Á PALOS.



No se necesita esforzar mucho la imaginación para comprender cuál cúmulo de satisfacciones llenarían el alma de Colón al tocar el deseado logro de sus anhelos y cumplir el objeto y fin á donde dirigiera desde la mocedad toda su vida. Bajo esta impresión se partió á Córdoba desde Granada. El camino entre la ciudad hermosísima del Darro, todavía vestida con sus preseas orientales como asentada en la puerta del harén antiguo, y la vieja capital del Califato, cristianizada por tres siglos de rezos católicos, debió conmoverle profundamente con regocijos espirituales, nunca gustados antes, y evocarle, allá en la imaginación, de suyo creadora y plástica, cual buena imaginación italiana, el conjunto de visiones dobles, inspiradas unas en las páginas del sacro Viejo Testamento, é inspiradas otras en los descriptores del áureo reino mongólico. Y no debe olvidarse que Colón emprende su camino en Mayo. Nada tan ocasionado á ensueños como aquella Sierra Nevada, parecida en su esplendor argénteo á disco inmenso de irregular y divina luna, que nadara en el éter y tocase con sus bordes inferiores en la tierra; como aquellos torreones y aquellos muros, todos rosáceos, entre los cuales, transparentes á manera de ám-